

Díez Jorge, María Elena (ed.): *Sentir la casa. Emociones y cultura material en los siglos XV y XVI*. Gijón: Editorial Trea, 2002, 496 pp., illus. a color [ISBN: 978-84-19525-47-5].

### Carmen Abad Zardoya

Universidad de Zaragoza  
carabad@unizar.es / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9994-230X>

El volumen *Sentir la casa* culmina uno de los objetivos más ambiciosos que, entre los años 2019 y 2022, se propuso el proyecto de investigación VESCASEM, dirigido por la historiadora del arte María Elena Díez Jorge. En un momento de expansión de los estudios de género y la historia de las emociones, la catedrática de la Universidad de Granada confirma su sólida trayectoria en ambos campos reuniendo quince trabajos que, desde distintas perspectivas disciplinares (filología, historia, historia del arte, arquitectura), proponen una cartografía emocional de la vivienda española entre los siglos XV y XVI. En coherencia con su propósito, en esta obra colectiva las fronteras físicas de los cuerpos (indumentaria, enseres personales) y de los espacios habitados (estructuras arquitectónicas, mobiliario y ajuar) protagonizan los procesos de creación de significado que resultan de la interrelación entre objetos y sujetos en el marco doméstico. Los instituidos por la rutina, pero también los que surgen de la ruptura de lo cotidiano gracias a su implicación en rituales de paso, ya sean de naturaleza festiva (matrimonio, nacimiento) o traumática (defunción, repudio, ejecución de una sentencia judicial). El extenso capítulo firmado por la editora plantea todas estas posibilidades de canalización de las emociones, que se van desarrollando en el resto de los trabajos, estructurados en seis bloques temáticos. Al comienzo del bloque inicial, Díez Jorge brinda al lector una síntesis de la historiografía francesa y anglosajona sobre la materia, enriquecida por un estado de la cuestión en el ámbito hispano que va desde el estudio seminal de Tausiet y Amelang a la revisión conceptual de Moscoso Sarabia y Zaragoza Bernal, sin olvidar la vivacidad que esta corriente ha adquirido en la literatura académica latinoamericana de los últimos años.

En cuanto a la posibilidad concreta de desarrollar una “historia material de las emociones” como la que aquí se plantea, esta fue defendida, desde el punto de vista metodológico, por Zaragoza Bernal en un artículo de 2015 cuyas reflexiones se dejan notar en muchas de las páginas de *Sentir la casa*, especialmente en lo que

conciene a las estrategias de investigación empleadas por sus autores y a la ampliación de las fuentes objeto de análisis. Así pues, los estudios que componen el volumen exploran las dos estrategias inscritas en este reciente enfoque de la historia de las emociones: una centrada en los espacios —como escenario de la interacción entre objetos y sujetos— y otra que pone el foco en los objetos mismos. Estos últimos se examinan desde diferentes perspectivas: como depositarios de emociones, como medio para desencadenarlas (a través de gestos y acciones) y, finalmente, como artefactos dotados de una “biografía social y cultural” propia, forjada a partir de prácticas que incluyen su intercambio, custodia, exhibición, su uso ritual e incluso su destrucción. Las dos estrategias posibles se fusionan en el sugestivo texto de Espinosa Villegas sobre la materialidad de las emociones en la arquitectura doméstica sefardí, al definir estos espacios como un “sistema de notación” en el que ciertos objetos concretan ideas sobre la esencia divina que conforman la memoria identitaria de este colectivo.

La necesaria ampliación de las fuentes prevista para una historia material de las emociones se advierte en las aportaciones fundamentadas en los restos arqueológicos (Núñez-González) o en las representaciones iconográficas de los entornos domésticos (las miniaturas analizadas por Mazzoli-Guintard y por Caballero Escamilla). Las fuentes priorizadas, no obstante, siguen siendo las documentales, con un peso significativo de los testamentos (Passini y Yuste Galán) que se hace hegemónico en los bloques IV (Serrano Estrella, López Pérez) y V (Caballero Escamilla, Cruces Blanco, Oliva Suárez), con las expresiones del aprecio y el duelo como punto gravitatorio de los respectivos discursos. En la mayoría de los estudios, las mandas testamentarias se presentan como la herramienta más eficaz a la hora de demostrar el afecto o la gratitud, pero también el miedo o el dolor, conjurados a través de estrategias de solidaridad y apoyo mutuo que se materializan en los artefactos legados (Serrano-Niza, López-Pérez). Especialmente interesantes son los casos en los que

el propio testamento deviene en semióforo, en virtud de un uso ritual del objeto-documento establecido por deseo expreso del testador (Caballero Escamilla). Como cabría esperar de un volumen que conecta las emociones con la cultura material, los inventarios de bienes desempeñan también un papel relevante entre las fuentes (Álvaro Zamora), lo que permite detectar fenómenos de transferencia cultural en las tensionadas sociedades de frontera (Aranda Bernal), confirmando así las observaciones de Bernard Sève sobre las “oscurs sugerencias” latentes en la literatura notarial. Estas afloran con mayor nitidez en un excepcional documento árabe que traza una secuencia de encuentros y desencuentros conyugales jalonada por el intercambio de objetos con alto valor simbólico (Rodríguez Gómez). El estilo prosaico de estos textos notariales contrasta con la expresividad emotiva de la documentación judicial, que revela el impacto de ciertas acciones en el seno de comunidades sometidas a un intenso estrés emocional, verbalizado en los testimonios individuales (Díez Jorge). Las palabras son, efectivamente, el medio por el que se propagan las emociones, pero, al mismo tiempo, la pervivencia o el declive de su uso no resultan ajenos a los sentimientos de aprecio y rechazo por las comunidades que las acuñaron, como expone el análisis de nueve arabismos presentado por Viguera Molins.

En términos generales, muchas de las aportaciones que componen este volumen colectivo son estudios de caso, una “metodología privilegiada de la historia material de las emociones” según algunos de sus defensores, como el ya mencionado Zaragoza Bernal. Además de esta apuesta metodológica, en su conjunto el libro presenta otras dos características muy marcadas: la asunción de una saludable polifonía disciplinar, derivada de la composición del grupo VESCASEM y el predominio de las historias de mujeres. Serrano Niza aclara el origen de este rasgo dominante cuando afirma que la investigación de las emociones, en el contexto histórico contemplado, acaba “cruzándose tangencialmente con los estudios de género”, pues la

casa delimita el horizonte vital femenino. En su interior, las mujeres asumen el papel director de los ritos de paso, garantizando su pervivencia; a través de ciertas prendas de vestir expresan emociones, crean redes de sororidad y activan mecanismos de resistencia cultural ante un medio hostil. Aunque solo Serrano-Niza incide expresamente en el concepto de “comunidad emocional” de Rosenwein para referirse a las mujeres granadinas (criptojudías, cristianas y musulmanas) de su estudio, el mismo molde teórico puede aplicarse a las indias, mestizas, criollas y negras del Nuevo Mundo que nos descubren los textos de López Pérez y Oliva Suárez. La enorme riqueza de esta “historia en femenino” invita a los lectores a acercarse a los nuevos usos religiosos asignados a los “servicios de mujeres” en las casas de los judeoconvertidos sevillanos (Núñez González), a conocer objetos tan singulares como las “mantas líquidas” y las “mantas muiscas pintadas a pincel” del Nuevo Reino de Granada (López Pérez) y a desentrañar la red de cuidado establecida por medio de una dote entre abuelas, madres e hijas (Díez Jorge).

Todos los textos incluidos en el volumen están bellamente ilustrados a color con planimetrías de casas, dibujos que recrean historias emocionales vividas y generadas a partir de la cultura material, así como de fotografías de objetos conservados en diversos museos, que recobran ahora un nuevo significado al ser contemplados como agentes evocadores de emociones y acciones.

La capacidad de los trabajos reunidos en *Sentir la casa* para poner en valor todos los espacios de la arquitectura doméstica —incluidos los funcionales— y la totalidad de los artefactos que la pueblan —con especial incidencia en los artículos textiles de dotes, sistemas de indumentaria y lechos mortuorios— es un motivo de reflexión para los historiadores del arte medieval y moderno, que a menudo seguimos aplicando una visión demasiado jerárquica y excluyente de nuestra materia de estudio. Este libro nos invita a revisar hasta el último rincón de la casa, allí donde afloran las emociones y anidan los sentimientos.